

La Primavera Árabe y la no violenta revolución silenciosa global

José Ángel Ruiz Jiménez¹

Existe una anécdota apócrifa por la que el primer ministro chino Zhou Enlai, preguntado en Occidente por la trascendencia de la revolución francesa, respondió “Es demasiado pronto para saberlo”. Corría el año 1960 y, obviamente, el astuto político había pretendido dejar la puerta abierta a un mucho mayor alcance de la revolución habida en su propio país apenas dos décadas antes. Pese a las dudas respecto a la verosimilitud de aquellas palabras, éstas poseen un sublime trasfondo de razón que puede resultarnos tremendamente útil para interpretar la denominada Primavera Árabe: la enorme dificultad de realizar un análisis preciso respecto a un hecho reciente y la conciencia de que la configuración, discurso y posibilidades políticas que abre un evento así puede desplegar diversas capas tectónicas cuyo efecto puede sentirse décadas o siglos más tarde. Ciertamente, estos movimientos son efímeros y difíciles de analizar, y si bien estas páginas tan solo ofrecen unas breves reflexiones, sí que podemos afirmar que hechos como los de la Primavera Árabe pueden suponer una importante fuerza transformativa para las siguientes generaciones.

Tras la Primavera Árabe, la mayoría académica, periodística y política que sostenía que la población de los países árabes -sobre todo Egipto- se posicionaba entre la apatía política o el islamismo radical y violento ha tenido que cambiar su discurso. En el contexto de los países del Mahgreb y el Mashreq, la inmensa mayoría de los analistas limitaban las posibilidades de cambio político a la existencia de grupos de insurgentes armados –la opción guerrillera o terrorista, cuyo ejemplo más destacado era Al Qaeda-, en estos casos demasiado débiles, pues las fuerzas de oposición eran, en general, irrelevantes debido al férreo autoritarismo de los gobiernos.

Así, el reloj político de la región parecía haberse detenido, pues las potencias de

¹ José Ángel Ruiz Jiménez es profesor del Departamento de Historia Contemporánea y miembro del Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada. Su correo electrónico es j.angel@ugr.es.

Occidente, en principio aliadas naturales de alternativas democráticas, mostraron durante décadas un decidido apoyo a los déspotas de la zona. Su actitud se debía a que apostaron por la *estabilidad* -palabra clave de aquel *statu quo*- que les proporcionaba tal alianza a ambas partes: los poderosos vecinos del norte dependen de los recursos energéticos de la región, cuyo suministro se les garantizaba, se mostraban temerosos de la alternativa islamista -enemigo común a los gobiernos locales-, y se encontraban satisfechos con el control policial migratorio que se ejercía en estos países, *limes* natural entre el norte y el sur, y que refleja la mayor diferencia de renta per capita del mundo entre ambos lados de una línea fronteriza cuya expresión más obvia es la de Ceuta y Melilla con Marruecos. Éste es el contexto en que tiene lugar la Primavera Árabe, en la que al fin se hizo visible una sociedad civil joven, mayoritariamente de clases medias empobrecidas, culta, consciente y ansiosa de reformas, que había sido silenciada durante años.²

Las distintas Primaveras Árabes

Si bien hay muchos países implicados por los medios de comunicación, de forma un tanto atropellada, en la Primavera Árabe, conviene señalar que cada caso es distinto. A la relativamente exitosa y mayoritariamente no violenta Primavera Árabe en Túnez y Egipto, a la institucionalización característica del caso marroquí, y a las menos exitosas y más violentas *primaveras* en Libia, Yemen y Bahrein³ ha sucedido lo que, a la hora de redactar estas páginas, parece una masacre interminable en Siria.

En el caso de Libia, pese a la espectacular caída de su régimen, no hay una sociedad civil nacional medianamente consolidada y capaz de forzar cambios. Sobre el futuro democrático del país, baste citar dos ejemplos: el consejo Nacional de Transición está dirigido por Mohamed Abud al Jeleil, antiguo Ministro de Justicia de Gadafi, cuyo

2 Autores como Bichara Khader o Gema Martín Muñoz llevaban más de diez años advirtiendo sin éxito que Occidente debería reconstruir sus relaciones con los países árabes a partir de estas clases medias para superar la falsa dicotomía entre dictadores e islamistas radicales. Véase, Khader, Bichara (2009) *Le monde arabe expliqué à l'Europe, Histoire, imaginaire, culture, politique, économie, géopolitique*. París, L'Harmattan – CERMAC; y Martín Muñoz, Gema (1999) *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona, Bellaterra.

3 Véase: “La primavera árabe se resiste a pasar de largo en Bahrein”, *El Mundo*, 22 de noviembre de 2011; y “La primavera árabe en Bahrein, un año de lucha no violenta”, en <http://www.kaosenlared.net/component/k2/item/7701-la-%E2%80%9Cprimavera-%C3%A1rabe-en-bahrein%E2%80%9D-un-a%C3%B1o-de-lucha-no-violenta.html>

programa contempla que la nueva Libia debe regirse por la *sharia*, mientras Abdul Hakim Belhadj, responsable del Consejo de Seguridad de Trípoli estuvo detenido por su implicación en los atentados terroristas del 11-M en Madrid.⁴ Libia es un Estado cuya estructura tribal condicionó por completo la caída de Gadafi en noviembre de 2011, y el nuevo reparto de poder depende del equilibrio alcanzado entre sus líderes. Por el contrario, en Egipto, Túnez y Yemen -en este caso con una represión mucho más atroz- fue la presión popular lo que hizo posible el destierro de líderes que parecían inamovibles y la celebración de elecciones. En el caso yemení, pese a la caída de Ali Abdullah Saleh, sus familiares y colaboradores continuaron en el poder, habiéndole sucedido, incluso, su antiguo vicepresidente Mansur al-Hadi, y siendo la clave de la estabilidad no las urnas, sino el equilibrio de poder entre las confederaciones de tribus suníes y chiíes. Por su parte, en Marruecos, además de una mayor legitimidad pública del régimen, existe una hoja de ruta hacia la parlamentarización de su monarquía. La nueva reforma constitucional de julio de 2011 con que el gobierno atenuó las protestas populares, supuso un notable avance en la -lenta- senda de la democratización. De hecho, el gobierno islamista resultante de las elecciones, con el partido Justicia y Desarrollo como fuerza mayoritaria, es ajeno a las protestas juveniles contra el régimen, hasta el punto de que el Movimiento 20 de febrero, que articulaba a los manifestantes, llamó a la abstención electoral. No obstante, los principales protagonistas de la Primavera Árabe han sido Egipto, Túnez y Siria, de los voy a ocuparme más detalladamente a continuación.

Egipto ha sido el mayor receptor de ayuda económica estadounidense, junto a Israel, desde la firma de los acuerdos de Camp David el 17 de septiembre de 1978. Mediante este pacto, auspiciado por el presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter, el primer ministro israelí Menachem Begin y el presidente egipcio Anwar el-Sadat firmaron la paz en los conflictos territoriales entre sus naciones. Si bien Egipto recuperó de este modo la península del Sinaí – perdida en 1967 en beneficio de Israel- el acuerdo fue condenado por el mundo árabe, y sus consecuencias fueron la expulsión de Egipto de la Liga Árabe y el ascenso del fundamentalismo islámico en el país después de la revolución iraní. De este modo, Egipto, gran referente político y cultural del mundo árabe y paladín

4 Este veterano yihadista desde la guerra de Afganistán contra la URSS, fue detenido y torturado por la CIA en 2004, siendo posteriormente interrogado por las autoridades españolas respecto a su vinculación con los atentados del 11-M, en los que negó haber tomado parte. Véase: Ayestarán, Mikel, “Belhadj asegura que no tuvo nada que ver con el 11-M”, *ABC*, 11 de noviembre de 2011.

de su autonomía como bloque frente a las grandes potencias de la Guerra Fría, se convirtió junto a Israel y Arabia Saudí en garante de los intereses de EEUU en la región. Tras la Cumbre de Amán en 1987, Egipto inició la recuperación de sus relaciones con los países árabes. Desde entonces, aprovechó su prestigio para mediar entre Israel y Palestina, y en 1993 apoyó la firma de los acuerdos de Oslo que llevaron al inicio de la ANP,⁵ defendiendo la formación de un futuro Estado Palestino. No obstante, el divorcio entre esta cuasi dictadura pro estadounidense y una población joven, culta, consciente y mayoritariamente desempleada fue haciéndose más patente con el paso de los años. Ese fue el caldo de cultivo que explica el éxito de los Hermanos Musulmanes, quienes denunciaban la corrupción reinante y apelaban al orgullo de sus raíces entre una ciudadanía frustrada, estando además a salvo de críticas al no haber accedido todavía al poder. Además practicaban una política de cercanía y solidaridad mediante la que proveían de educación, formación religiosa, sanidad, alimentos, e incluso de fotocopias baratas a muchos de los olvidados por un Estado cuyas arcas estaban saqueadas por la corrupción, y que era incapaz de cumplir las promesas de bienestar realizadas tras la independencia de las potencias coloniales. De hecho, según los datos del PNUD, dos de cada cuatro egipcios viven por debajo del umbral de la pobreza. En este contexto, el presidente Hosni Mubarak quiso dar un paso más en la deriva autoritarista de Egipto y designar a su hijo Gamal como sucesor. El nepotismo de esa decisión hizo que el ejército se distanciara del dictador, algo que resultaría decisivo al estallar las revueltas populares, en las que los militares contemplaron con indiferencia la caída del presidente, al tiempo que ganaban prestigio ante la opinión pública al no reprimir abiertamente a los manifestantes. Así, el ejército se hizo cómodamente con el poder durante un año y supervisó la transición, hasta los procesos electorales habidos entre diciembre de 2011 y febrero de 2012.⁶ En ellos, los grandes vencedores fueron los islamistas, algo lógico si consideramos que hasta entonces eran los únicos grupos de oposición bien organizados y disciplinados. Así, la victoria correspondió a Libertad y Justicia (PLJ) –brazo político de los Hermanos Musulmanes-, seguido de Al Nur –radicales salafistas cercanos a Arabia

5 Autoridad Nacional Palestina, organización administrativa autónoma que gobierna la Franja de Gaza y parte de Cisjordania, según se estableció en los Acuerdos de Oslo de 1994 entre el Gobierno de Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

6 Los militares, que controlan amplios sectores de la economía, lavaron así su imagen tras haber dirigido las legiones de espías, matones y torturadores que, durante decenios, aterrorizaron a los partidarios del Estado laico, salafistas, cristianos coptos y personas corrientes. De cualquier modo, durante las revueltas no dudaron en arrestar a blogueros que se habían atrevido a criticarlos.

Saudí-. El PLJ ha iniciado su mandato con concesiones y acuerdos con el aparato militar y de seguridad, pero también intentando refrenarlo. En principio, las prioridades del PLJ en Egipto parecen claras: mostrar ciertas mejoras en la economía, el bienestar y la seguridad individual, algo imprescindible para no perder popularidad y, por tanto, votos. Por su parte, el ejército se encuentra cómodo *reinando sin gobernar*.

En Siria, al cuasi estalinismo baaista de Hafez al-Hassad, aliado entre otros de Saddam Hussein, sucedió la dictadura de su hijo Bashar al-Assad, de quien por su formación europea y aparente talante personal se esperaba un aperturismo que no solo no se produjo, sino que impuso un estricto autoritarismo continuista. Su gobierno se apoya nominalmente -veremos que hay otros intereses- en una minoría shíi de menos de dos millones sobre una población de veinte millones, mayoritariamente sunnitas. Esta postura ha convertido a Siria en protagonista de una “Triple Entente” junto a Irán e Irak, que, por una parte, apoya a Palestina, mientras por otra se opone a Israel y EEUU. Ello le permite formar parte de otra “Triple Entente” económica y estratégica mucho más poderosa, junto a Rusia y China. El telón de fondo es el escudo antimisiles StratCom que EEUU ha propuesto desplegar en Europa el Este, así como la protección de Irán ante una posible agresión militar estadounidense-israelí, que comprometería el flujo de petróleo en la cuenca ruso-iraní del Mar Caspio, rompiendo además la conexión chino-iraní mediante la que los primeros refinan el crudo que proporcionan los segundos.

En el caso de Túnez, si bien los eventos fueron espontáneos e inesperados incluso para muchos de sus protagonistas, el modelo de revuelta respondió a lo que William Zartman describe como “el modo tunecino de actuar”,⁷ existiendo interesantes precedentes. Por ejemplo, en 1978 el presidente Habib Bourguiba castigó al ala liberal del Partido Destour (PSD), así como a la Unión General de trabajadores de Túnez (UGTT) con acciones represivas en las que murieron unas 200 personas. El régimen sobrevivió al masivo descontento, si bien tuvo que ofrecer la zanahoria de unas elecciones en las que, aún saliendo victorioso el gobierno, marcaron un antes y un después en la vida política del país. En 1984 tuvieron lugar unos hechos más cercanos a los de 2011. Se cuenta que en un momento de creciente inflación, un hombre salió de una panadería gritando que no

7 Khalili, Laleh; Schwedler, Jillian; Zartman, William; y Eid, Gamal (2011) “Revolution in the Arab World. The Long View”, Center for Contemporary Arab Studies at Georgetown University. <http://ccas.georgetown.edu/256660.ht>

podía ya ni alimentar a su familia como había hecho siempre. Aquello habría iniciado una reacción en cadena por la que cientos de personas empezaron a expresar su descontento, dándose la destrucción de coches y casas de lujo, así como de otros símbolos de riqueza -por otra parte poco comunes en las sociedades árabes, tan celosas de su privacidad y poco dadas a la ostentación-. Bourguiba sobrevivió a esta nueva crisis en la que la gente común había dado un paso más tomando las calles. Como ya había hecho seis años atrás, cesó al primer ministro y a otros miembros del gobierno, a los que responsabilizó de la crisis. En 2011, se avanzó en esta progresión sin aparente continuidad, y el cargo del presidente Zine el Abidine Ben Alí ya no sobrevivió a las revueltas callejeras. Por último, es interesante reseñar hasta qué punto existía un componente popular en los eventos de Túnez. El levantamiento se produjo en la periferia de los centros políticos, en localidades con tradición disidente como Sidi Bouzid y Kasserine. Incluso en la capital, los protagonistas iniciales fueron emigrantes rurales, pertenecientes a las capas más pobres y excluidas, antes de extenderse a las clases medias y a familias recientemente enriquecidas pero excluidas de los círculos de poder. Éstas últimas terminarían por dar el golpe definitivo al régimen y serían las grandes beneficiadas de la revolución.

En definitiva, pese al destacable empuje de la población en la Primavera Árabe, de los 22 países que componen el ámbito árabe-musulmán, sólo en 4 de ellos ha habido un cambio de gobierno, siendo Túnez el único en que se atisban signos genuinos una incipiente democracia.

Algunas sugerencias de análisis

A la hora de valorar la Primavera Árabe, un análisis clásico se centraría en las grandes y duraderas transformaciones sociológicas que suceden inmediatamente a una revolución. Si bien se trata de una perspectiva válida, resulta interesante ir más allá de esos breves periodos históricos disruptivos, tan dados a interpretaciones heroicas y románticas. Ello nos permitiría observar lo que, en palabras del brillante historiador británico C.L.R. James, es una pausada a la vez que incesante acumulación de eventos, y a veces siglos, que desembocan en *erupciones volcánicas* que no son más que

proyecciones del *subsuelo* del que provienen.⁸ Así, más allá de las llamativas y multitudinarias expresiones ciudadanas en la calle o a ciertos hechos de armas, valdría la pena detenerse en los factores estructurales que hay detrás. Uno de los más destacados en la Primavera Árabe es sin duda la creciente brecha socioeconómica entre una nueva y próspera clase capitalista dispuesta a defender como sea su recién adquirida riqueza, y lo que el sociólogo Asef Bayat ha llamado “las clases medias empobrecidas”.⁹ Estas últimas, bien formadas y educadas, están excluidas del bienestar por la ausencia de empleos para trabajadores cualificados.

Considero que vale la pena profundizar un poco más en las teorías de C.L.R. James, pues me parecen especialmente útiles para el análisis de la Primavera Árabe. Este historiador marxista se esforzó, en sus escritos sobre el Caribe, por dar protagonismo a las sociedades negras dentro de un socialismo en el que se daba por sentado que la clase obrera blanca europea parecía ser el único proletariado digno de consideración. La perspectiva de la humanidad que ofrecía este autor se veía animada por la simple pero profunda convicción de que la capacidad creativa de los hombres y mujeres comunes era la fuerza más importante para el desarrollo de la civilización. James consideraba que el poder y conocimiento de la gente corriente fue lo que hizo posible el éxito de la libertad contra las estructuras de opresión de la Rusia zarista, pero el régimen resultante convertiría aquella libertad en totalitarismo con la burocratización, la represión y el despotismo estalinistas. Proveniente de una línea de pensamiento trostkista, James iría evolucionando hacia posturas donde del marxismo se valoraba ante todo su potencial liberador y su capacidad de empoderar a la gente común contra la opresión, pero renunciando a la violencia y a la dominación que a menudo significaban las revoluciones. Esto último, según él, arruinaba la experiencia política hasta el punto de terminar siempre marginando la libertad y creatividad del individuo en beneficio de nuevas estructuras opresivas.

Contrariamente a Lenin y Trostki, James consideraba que la ausencia de una vanguardia sapiente que liderara a las masas en su levantamiento por la libertad no tenía por qué ser un freno para la revolución, como demostró en su estudio de las experiencias

8 James, Cyril Lionell Robert (1950) *The Class Struggle*. Londres, Stanley Paul, p 21.

9 Sobre el análisis de esta clase social, véase Bayat, Asef, “A New Arab Street in Post-Islamist Times,” 26 January 2011, available at: http://mideast.foreignpolicy.com/posts/2011/01/26/a_new_arab_street.

de Santo Domingo y otros casos caribeños en *Toissaint L' Ouverture* (1936), *World Revolution* (1937) y *The Black Jacobins* (1938). Especialmente en el primero de estos trabajos, James destacaba como paralelamente al surgimiento de líderes entre los esclavos que lograron su libertad respecto tanto a sus amos como a sus metrópolis, había que poner el acento en la gran masa anónima de esclavos conscientes y formados por su experiencia de vida.

Además, James cuestionaba seriamente la asunción del marxismo ortodoxo de que la revolución tendría primero lugar en los países capitalistas más avanzados de Europa, quienes deberían ser el modelo para el resto del mundo subdesarrollado, algo que, con el tiempo, terminaría por mostrarse absolutamente equivocado en Rusia, China, Méjico, Vietnam o Cuba, por citar los casos más destacados. De hecho, la clase obrera de las grandes potencias industriales (Gran Bretaña, Alemania, Francia y EEUU) optó mayoritariamente por modelos reformistas. En su opinión, era precisamente en las colonias y ex colonias donde las poblaciones indígenas y especialmente las negras y mestizas americanas podían liderar los movimientos revolucionarios libertarios más destacados.

Resulta muy interesante comprobar como los elementos adelantados por James se han visto reflejados tan fielmente, casi un siglo después, en la Primavera Árabe, donde el ansia democrática producto de la experiencia colectiva no se ha dado en países capitalistas del norte desarrollado con alta conciencia de clase, sino en el norte de África y Próximo Oriente; y donde en lugar de vanguardias o partidos políticos ha predominado una estructura horizontal en la que no había grandes nombres de líderes reconocibles. Por tanto, vale la pena dar el debido protagonismo al fenómeno de empoderamiento colectivo que ha caracterizado estas revoluciones, y en el que profundizaré a continuación.

Los Estados autoritarios, sobre todo aquellos dotados de un poderoso aparato policial, son particularmente eficaces imponiendo una atmósfera paralizante de miedo y un sentimiento de debilidad entre la población. En el caso de Túnez, el gobierno de Ben Alí disponía de un policía secreto por cada 40 habitantes, mientras en Egipto sus casi dos millones de agentes tenían carta blanca para reprimir con dureza cualquier manifestación de desafío al régimen. Si ha habido un elemento común en Sfax, Túnez capital, El Cairo, Alejandría, Suez, Daraa o Aden, entre otros muchos lugares, es que los revolucionarios

afirmaban haber superado el miedo. Y es que, cuando la población percibe que puede obtener logros destacables en la modificación de la política de sus países, experimenta lo que E.P. Thompson denominó *agencialidad histórica*, refiriéndose a la conciencia de las capacidades y poderes de los individuos y los colectivos para transformar la sociedad. Esas competencias los hacen responsables tanto de sus decisiones como de sus actos, y, consecuentemente, de forjar el mundo en que viven.¹⁰ El planteamiento implica una forma de rebeldía tanto contra el marxismo ortodoxo que diluye al individuo en una clase social responsable última de los hechos históricos, como contra un capitalismo alienante y cada vez más excluyente que polariza la posesión y disfrute de la riqueza entre una minoría muy próspera y consumista y una mayoría de excluidos.¹¹ En una hermosa y afortunada expresión, Elizabeth Wood ha llamado a este sentimiento de protagonismo histórico “el placer de la agencialidad” (the pleasure of agency), que insufla a los participantes de procesos como los de la Primavera Árabe un entusiasmo, confianza, fe y solidaridad capaz de cruzar continentes.¹² Así, cuando pese al alcance de los eventos de Túnez y Egipto, la mayoría de analistas todavía afirmaba “muy interesante, pero esto nunca va a suceder en Siria”, poco después, el desafío a la elite de este país se convertiría en el más combativo -y sangriento- de todos. Y es que la visión de que otro mundo es posible cambia el espíritu de lo que puede suceder. Compartir emociones en calles, plazas, cafés y mezquitas crea lazos que forjan una comunidad revolucionaria en la imaginación colectiva, algo efímero e imposible de medir, pero que genera una fuerza renovadora cuyo efecto puede trascender fronteras y generaciones.

Otra característica muy comentada de la Primavera Árabe, símbolo mediático del poder popular que la ha caracterizado, ha sido el uso de redes sociales como Facebook y Twitter entre los revolucionarios para difundir información, realizar convocatorias, prestarse ánimo, etc. Las emisoras de radio y televisión han sido tradicionalmente cruciales para la seguridad del Estado, siendo su seguridad estudiada y garantizada por el ejército, ya que prácticamente monopolizaban el discurso sobre lo que pudiera estar

10 Véase Thompson, E. P. (1963) *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth, Penguin y Ruiz Jiménez, José Ángel (2009) *Contra el reino de la bestia. E. P. Thompson, la conciencia crítica de la Guerra Fría*. Granada, Universidad.

11 Al respecto, véase, por ejemplo: Forrester, Viviane (1996) *El horror económico*. México, Fondo de Cultura Económica y George, Susan (1999) *The Lugano Report. On Preserving Capitalism in the 21st Century*. Londres, Pluto Press.

12 Wood, Elizabeth (2005) *Performing Justice: Agitation Trials in Early Soviet Russia*. Ithaca, Cornell University Press.

ocurriendo. Sin embargo, Internet y los teléfonos móviles, desde donde pueden diseminarse imágenes, textos y sonido, han terminado con el control estatal del discurso público. No obstante, como acertadamente observa Javier Valenzuela, más de un año después de las caídas del tunecino Ben Ali y del egipcio Mubarak, a las que les seguirían las del libio Gadafi, el yemení Saleh, y el alzamiento contra el clan sirio de los Asad, la blogosfera democrática árabe padece una fuerte resaca. Internet fue muy útil para superar el aislamiento, romper el muro del miedo y lanzar las revoluciones, pero se probó insuficiente para conseguir la caída de los dictadores —eso se hizo, y se hace, en la calle y al precio de mucha sangre derramada— y aún más para construir luego verdaderas democracias. La euforia de los primeros meses de 2011, cuando el mundo entero hablaba de las revoluciones Facebook, ha ido dando paso a un realismo desencantado aunque aún combativo. Y es que el contraataque de las fuerzas reaccionarias árabes —militares autoritarios, políticos de colmillo retorcido, millonarios corruptos, islamistas moderados, radicales salafistas, medios de comunicación conservadores, etc.— está siendo feroz.¹³

De cualquier modo, el actor mediático más destacado a largo plazo en la Primavera Árabe ha sido Al Jazeera. Desde los últimos años 90, este canal de televisión catari ha mostrado a los espectadores del mundo árabe-musulmán una realidad distinta a la de sus medios de comunicación nacionales, con ejemplos como las filtraciones de wikileaks que dejaron al desnudo la corrupción e ineficiencia de sus gobernantes. Si consideramos el nivel de analfabetismo en muchos de las naciones involucradas -a excepción de Siria y Libia, en el resto de países oscila entre el 25% y el 60%- y el precio de las conexiones a Internet, lo cierto es que la televisión sigue siendo un medio mucho más accesible e influyente. Sin duda, Al Jazeera había ido sembrando una semilla de descontento que, en parte, también explica los frutos de 2011.

Una última cuestión que creo vale la pena destacar es el papel jugado por las mujeres en la Primavera Árabe. El fenómeno, que supuso que ambos sexos compartieran el espacio público en números sin precedentes, se repitió en Jordania, Marruecos, e incluso en Bahreín donde gobiernan monarquías autoritarias. Antes, fue Túnez el país que alzó la bandera de las manifestaciones con un amplio protagonismo femenino, aunque allí

13 Véase Valenzuela, Javier “Desencanto Árabe 2.0”, *El País*, 4 de marzo de 2012.

no resultó tan llamativo puesto que la condición de la mujer tunecina es la más avanzada del mundo árabe. De hecho, 4.000 mujeres se postularon para ser elegidas por primera vez tras la ley de mayo de 2011, en la que se estableció que las listas de candidatos de los partidos debían incluir paridad de miembros de ambos sexos. El hecho es que la presencia femenina en la vida pública, pese a los estereotipos que hablan de sumisión, posee una interesante trayectoria, desde líderes históricas,¹⁴ asociaciones de mujeres en la década de 1930, y activistas en los procesos de independencia colonial, a figuras actuales tan destacadas como Zainab Anuar, fundadora de Sister in Islam, o Nabila Hamza, directora de Foundation for the Future. No obstante, su lucha sigue encontrando enormes obstáculos. Y es que, precedentes tan valiosos como el de las numerosas argelinas que participaron muy activamente en las luchas por la descolonización, han terminado por verse olvidados e ignorados en gran parte después de la independencia. En Egipto, gran referente de la Primavera Árabe, preocupa la situación de la mujer en el nuevo orden político y social, puesto que la representación femenina en el nuevo régimen, así como en los diversos partidos que se han formado después de la caída de Mubarak, ha sido en realidad paupérrima. El gobierno transitorio de Essam Sharaf sólo nombró a una mujer en su gabinete; cifra incluso inferior a la impuesta por la dictadura anterior. No obstante, durante aquellas multitudinarias manifestaciones, por primera vez en un país árabe musulmán pareció flotar, entre chadores y niqabs, un cierto aire de reivindicación feminista. De cualquier modo, una vez desalojada la emblemática plaza Tahrir, las mujeres han desaparecido del ágora, y su presencia pública suele volver a exigir compañía masculina. En el resto de naciones implicadas en la Primavera Árabe, las mujeres o no están, o marchan separadas detrás de los hombres, como en Irán o en Yemen por el indeseado regreso del presidente Saleh. Es por ello que las manifestaciones mixtas de la plaza de Tahrir resultaron tan novedosas, marcando un punto de inflexión en el país que ya ha posibilitado acciones como la *marcha de un millón de mujeres* en marzo de 2012 para exigir sus derechos.

En conjunto, como bien señala Timothy Garton Ash, observamos que la Primavera Árabe no es otro 1989, con las consecuencias de aquel, pero tampoco es 1979 en Irán, una revolución *arcoiris* que enseguida degeneró en una teocracia islamista represiva. Es

14 Bewly, Aisha, “El liderazgo de las mujeres”, 25 de junio de 2002, en http://www.webislam.com/articulos/26324-el_liderazgo_de_las_mujeres.html

Egipto, Túnez, Yemen, Siria, Libia, etcétera; y es 2012, así que Gobiernos islamistas pragmáticos, que logren una reducción gradual del gigantesco aparato militar, burocrático y de seguridad de los Estados, es quizá lo máximo a que puede aspirarse en un futuro próximo.¹⁵

No violencia revolucionaria e inducción estratégica exterior

Los modelos revolucionarios más influyentes en los siglos XIX y XX fueron sin duda el francés de 1789-93 y el soviético de 1917. Ambos tenían en común la convicción de que el cambio político solo era posible a través de la violencia. Estos referentes inspiraron a numerosos grupos que ansiaban reformas radicales para mejorar las condiciones de vida y libertad en sus países, y que por tanto optaron por el golpe de Estado o la guerra civil cuando sus fuerzas lo hacían posible, o por la opción guerrillera o terrorista cuando la relación de fuerzas era en franca desventaja. En este sentido, Ernesto Guevara, el *Ché*, es todo un icono de las estrategias violentas en pos de fines justos. Por otra parte, pese a existir precedentes en el siglo XIX como Henry D. Thoreau o Lev Tolstoi, fue a lo largo del siglo XX cuando se consolidó una alternativa en los medios para conseguir grandes cambios políticos: la no violenta. Los casos de Gandhi en India, Martin L. King en EEUU, la *revolución de terciopelo* de 1989 en Checoslovaquia y sus ecos en Europa del Este, Mandela y el fin del Apartheid en Sudáfrica o la caída de Milosevic en 2000 son hitos ejemplares sobre como las revoluciones y los grandes cambios estructurales son posibles sin violencia. Su teoría y práctica han demostrado que existen otras estrategias de toma del poder, desestimando la violencia, epitomizada en el esquema marxista en la “toma del palacio de invierno” como opción política válida e, incluso, inevitable. No obstante, es cierto que el discurso mayoritario entre políticos, periodistas y académicos aún tiende a ignorar o invisibilizar la no violencia.

Así, como ya les sucedió con Gandhi o con la caída del comunismo en Europa del Este, la mayoría de los analistas encontraron en la Primavera Árabe una situación que no habían previsto y que pareció tomarles totalmente por sorpresa. Ello ha supuesto, también, una derrota de la estrategia de Al-Qaeda, incapaz, con su propuesta violenta, de

15 Garton Ash, Timothy, “No es el sueño de Tahir”, *El País*, 3 de marzo de 2012.

forzar un solo cambio de régimen, mientras veía con incredulidad unos estallidos de protestas ciudadanas que los excluían por completo. De hecho, con las excepciones siria y libia -el caso de menor participación popular-, la única violencia presente ha sido la de los gobiernos. Sin embargo, la alternativa no violenta ya poseía una firme trayectoria y hacía tiempo que estaba presente, ayudando a la configuración de una revuelta popular en pos de una sociedad más justa. Aparte de precedentes tan interesantes como el *movimiento verde* en Irán contra el fraude electoral en la victoria de Ahmadineyad en 2009, trabajos de investigación periodística como el realizado por Marwa Awad y Hugo Dixon para el caso egipcio, el más emblemático de la Primavera Árabe, han mostrado que las protestas no habían surgido en el vacío.¹⁶ Estaban, por el contrario, muy bien organizadas gracias al trabajo de activistas agrupados en organizaciones como el movimiento 6 de abril, que fundó la Academia del Cambio en 2005. Su misión consistía en adaptar a la realidad egipcia su marco conceptual y de actuación. Para ello, la referencia era el académico norteamericano Gene Sharp, cuya Albert Einstein Institution contribuyó activamente en la preparación de los grupos que lideraron las “revoluciones de colores” no violentas en Georgia, Ucrania y Kirguistán, patrocinadas por Estados Unidos entre 2000 y 2005.¹⁷ Su principal fuente de inspiración eran las protestas sociales que llevaron al hundimiento del bloque del Este, desde el surgimiento del sindicato polaco Solidarnosc en 1980 hasta la caída del muro y los regímenes comunistas del Pacto de Varsovia en 1989, si bien todas ellas fueron mucho más genuinas, pues se realizaron prácticamente sin ayudas extranjeras.

La continuidad e influencias entre unos y otros movimientos pueden apreciarse en detalles como que el Movimiento 6 de abril adoptara el logotipo utilizado en Serbia y Georgia por los grupos Otpor y Kmara respectivamente. A partir de la llegada de Mohamed el Baradei a Egipto, en febrero de 2010, su página de Facebook reclutó simpatizantes que fueron divididos en grupos de 100 personas que, a su vez, debían extender en la población las diversas técnicas de la acción no violenta. El coordinador de

16 Awad, Marwa y Dixon, Hugo, “The Art of Revolution Egypt’s non-violent warriors”, *The Daily Star*, 14 de abril de 2011: <http://www.dailystar.com.lb/Apr/14/The-art-of-revolution-Egypt-s-nonviolent-warriors.ashx#axzz1otKiQRSN>.

17 Gene Sharp, llamado por algunos *el maquiavelo de la no violencia* al dar más importancia a la dimensión instrumental y política que a la moral, es conocido por sus 198 métodos de acción no violenta y por obras tan influyentes como (1997) *Nonviolent Action: A Research Guide*. Nueva York, Garland Publishers; y (2005) *Waging nonviolent struggle : 20th century practice and 21st century potential*. Boston, Extending Horizons Books.

esta fase fue otro de los miembros de la Academia: Saad Bahrar.¹⁸

Existen, por tanto, sólidas evidencias de que existió un interés muy específico desde el extranjero en fomentar el activismo político no violento en algunos países de la zona, sobre todo en Túnez, Egipto y Yemen. Esto se hizo principalmente mediante grupos de oposición vinculados y parcialmente financiados por la política exterior de Estados Unidos. De hecho, en febrero de 2010 el *New York Times* destapó la relación entre la Academia para el Cambio, el Movimiento 6 de Abril, la Academia Democrática Egipcia – que recibe fondos de los Estados Unidos para promover los Derechos Humanos y la vigilancia de los procesos electorales – y la presión a la que se vio sometido el dictador egipcio por parte de la Casa Blanca desde la última semana de enero. Dos meses más tarde, el mismo diario vinculaba la actuación de la vanguardia de las protestas al entramado de ONG vinculadas a los intereses estadounidenses. Es más, el Instituto Nacional Demócrata y el Instituto Internacional Republicano (ambos financiados a través del Fondo Nacional para la Democracia) y Freedom House (financiado a través del Departamento de Estado) llevaban años trabajando de forma pública en Egipto, Bahréin y Yemen con organizaciones privadas, lo que era fuente de tensiones con los gobiernos de esos países. Como bien señalan Francisco Veiga y Carlos G. Villa:

*“Todos éstos habían sido movimientos antisoviéticos o incluso anti izquierdistas (neocomunistas o postsoviéticos, en la terminología estadounidense), algo que conviene tener muy presente para entender los actuales acontecimientos en la región. Entre otras razones, porque los operativos que se organizaron en las “revoluciones de colores” incluían el relevo concertado de los dirigentes “postsoviéticos” o “filorrusos”: Milosevic por Kostunica, Yanukovic por Yushchenko; Shevardnadze por Saakashvili; Akayev por Bakiyev. Eso no sucedió en Túnez y Egipto; o no parece haber tenido lugar de forma clara. Pero eso no es óbice para que se hubiera producido una repetición, al menos parcial, de lo ya visto en Ucrania, Georgia o Kirguistán, con las variantes lógicas correspondientes”.*¹⁹

18 González Villa, Carlos y Veiga, Francisco, “Primavera Árabe, vestigios de inducción estratégica”, *Eurasian Hub. Estudios, análisis, recursos y asesoramiento académico*. 12 de septiembre de 2011, <http://eurasianhub.com/2011/09/12/%E2%80%9Cprimavera-arabe%E2%80%9D-vestigios-de-induccion-estrategica-1/>

19 González Villa, Carlos y Veiga, Francisco; opus cit.

No debemos, por tanto, perder de vista las influencias de potencias exteriores que persiguen una situación de ventaja: desde el despliegue de 4.000 soldados enviados por Arabia Saudí a Bahrein -país de sólo un millón de habitantes- hasta los menos coercitivos, pero igualmente interesados millones de dólares invertidos por los EEUU y la UE para influir en el resultado de las elecciones tunecinas mediante programas de “ayuda a la promoción democrática” para las fuerzas políticas que les son más favorables. En general, podemos hablar de un intento por perpetuar la alianza entre Occidente y las clases enriquecidas de estos países de modo que se domestique a los movimientos revolucionarios para que los nuevos guardianes del Estado sean económica y políticamente “moderados”.

Sin embargo, la no violencia que caracterizó la Primavera Árabe en Túnez, Egipto y el inicio de la revolución en Siria, no ha sido solo consecuencia de unos hilos hábilmente movidos desde Washington. De hecho, muchos de los vínculos entre EEUU y ONG se mantuvieron en secreto para evitar reacciones negativas por parte de algunos miembros de estos grupos de acción no violenta. Además, la mayoría de los manifestantes no formaban parte de estos grupos o eran muy celosos de su independencia, mostrándose incluso opuestos a influencias de gobiernos, partidos o lobbies como los que acabamos de describir. El caso más destacado de esta genuina e independiente labor de transformación social por medios pacíficos es el de los serbios de OTPOR y CANVAS, los más influyentes en Túnez y Egipto, quienes precisamente hacen bandera de su absoluta autonomía respecto a EEUU²⁰

Curiosamente, en febrero de 2012 los militares egipcios reaccionaron con dureza ante esta suerte de injerencia: el Ministerio de Justicia prohibió salir del país a 19 estadounidenses y a una veintena de europeos, libaneses y egipcios por formar parte de nueve organizaciones internacionales registradas a finales de 2011. Pese a las airadas protestas estadounidenses sobre el trabajo por la democracia realizado por estas personas, fueron retenidas durante más de un mes. Las leyes prohíben la financiación extranjera de operaciones en el país salvo cuando el gobierno controla las transacciones. Así, todas las ONG que operan en Egipto deben contar con una autorización oficial para

20 Rosenberg, Tina, “Revolution U. What Egypt Learned from the Students Who Overthrow Milosevic”, *Foreign Affairs*, febrero 2011, http://www.foreignpolicy.com/articles/2011/02/16/revolution_u.

poder recibir financiación extranjera. Según los responsables de algunas de las entidades investigadas, éstas realizaron las peticiones adecuadas que establece la normativa, pero no recibieron ninguna respuesta de las autoridades egipcias.²¹

De cualquier modo, el que en Egipto y Túnez (por no hablar de Bahrein o Yemen) la vocación no violenta de los manifestantes hubiera convivido con formas de inducción estratégica externa no tendría que desautorizar a las revueltas de la Primavera Árabe como fenómenos de masas o populares, con motivaciones autóctonas y causas sociales o políticas objetivas, legitimados para derrocar a autócratas y tiranos. La realidad es compleja y así hay que tratar de analizarla, evitando explicaciones generalistas, simples o ideológicamente orientadas. Y es que esconder bajo la alfombra aquello que no encaje, según las preferencias del autor, con la visión *realista* de que estas revoluciones no violentas fueron una marioneta en manos de Occidente, o con la *idealista* que las presenta como totalmente autónomas, solo nos ofrecerá imágenes sesgadas. Reconocer ambos componentes, tanto el de la manipulación externa como el de una sociedad civil genuinamente comprometida, es lo que nos permite comprender cómo están operando las grandes potencias en la zona, qué buscan y obtienen; asimismo, nos permite reconocer una ciudadanía cada vez más madura, consciente y combativa. Es decir, contribuye a explicar lo que está sucediendo en toda su complejidad, porque a la vez que tenía lugar la Primavera Árabe, se estaban dando otra serie de movimientos solidarios con ella, como el de los *indignados* y *Ocupa Wall Street*, nada sospechosos de injerencias gubernamentales. Por el contrario, son manifestaciones de una tendencia que, especialmente desde los años 60 del siglo XX, muestra una sociedad civil cada vez más activa y mejor organizada en todo el mundo que exige menos violencia y más justicia social.²²

En este sentido, el post-materialista Ronald Inglehart, ya en 1971, analizó una serie de tendencias políticas que consideraba expresaban una *revolución silenciosa* en las sociedades industrializadas occidentales. El paso del tiempo ha ido confirmando lo

21 González, Ricard, "Egipto procesa a 19 estadounidenses de varias ONG", *El País*, 6 de Febrero de 2012.

22 Ruiz Jiménez, José Ángel (2009) "El movimiento pacifista en el mundo contemporáneo: historia y presente", *Tiempo de Paz*, nº 92, pp 12-20.

acertado de su estudio, en el cual afirmaba que bajo el activismo de los años sesenta y la aparente aquiescencia de los setenta se estaba experimentando un cambio gradual, pero esencial, en la mentalidad política de los países del Norte desarrollado. Desde aquellos años, una proporción sin precedentes de la población ya no solo occidental, sino mundial, ha ido demostrando un interés genuino en comprender lo que sucede en la política nacional e internacional, y en participar en las decisiones que se toman en esos ámbitos.²³ Los ciudadanos han ido modificando sus creencias, valores y conductas, ampliando sus necesidades de identidad, estima y realización personal. Asimismo, han potenciado sus habilidades políticas y ha aumentado el porcentaje de la población implicada en el desarrollo de los valores y necesidades mencionados, hasta formar, en conjunto, el mayor movimiento social de la historia.²⁴ La joven sociedad civil de los países árabes, invisibilizada por razones geopolíticas y económicas, no había sido ajena a este proceso, y la Primavera Árabe ha supuesto su irrupción pública y su autoafirmación como fuerza de cambio de enorme potencial.

Los valores y actitudes, más allá de crisis políticas o espectaculares movilizaciones, son los que facilitan la comprensión de los procesos sociales. Para ello, es necesario descubrir las formas de interacción ciudadana, cómo los movimientos sociales se ven influidos por tradiciones de acción colectiva anteriores, y cómo las instituciones, redes e identidades presentes facilitan o dificultan las formas de protesta. Así, más allá de la simple participación en procesos electorales, la gente común ha demostrado una creciente capacidad para influir en política de un modo que Inglehart denomina de desafío a las elites, en oposición a las tradicionales actividades ciudadanas dirigidas por las elites, como las movilizaciones masivas organizadas por partidos políticos, sindicatos o instituciones religiosas. En el caso de la Primavera Árabe, la propia ciudadanía fue más allá, mostrándose capaz de autogestionar sus acciones de protesta sin ninguna elite ni institución que liderara el proceso. De este modo, en oposición a los clásicos –ismos, observamos un amplio movimiento no ideologizado que no apela a fantasías de masas, sino que se centra en necesidades concretas. De hecho, la contribución capital de estos movimientos es que rechazan una idea única para ofrecer

23 Inglehart, Ronald (1977) *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Oxford, Princeton University Press.

24 Véase Hawken, Paul (2007) *Blessed Unrest. How the Largest Movement in the World Came into Being and No One Saw it Coming*. Nueva York, Viking Penguin.

cientos de otras pequeñas y prácticas. En lugar de -ismos, ofrecen procesos, dudas y compasión, mostrando la cara generosa de la humanidad y siendo más pragmáticos que utópicos. Sería de ilusos sostener que la firme toma de postura de millones de ciudadanos en todo el mundo, desafiando a gobiernos y medios de comunicación de masas, tiene lugar en el vacío y es espontánea u obra de los servicios de inteligencia de algunas potencias. Estos movimientos sociales están contribuyendo lenta, pero notablemente, a la formación de una mucho mayor conciencia social de denuncia y crítica de las lacras y causas que motivan los conflictos y la violencia –más allá de las simples guerras-, que implican cuestiones de violencia estructural: dictaduras, subdesarrollo, hambre, pandemias, armamentismo, manipulación informativa, etc. Indudablemente, la Primavera Árabe se sitúa en este contexto de interacción ciudadana internacional, siendo un buen ejemplo de como los movimientos sociales se ven influidos por tradiciones de acción colectiva anteriores, y también de como las instituciones, redes e identidades presentes facilitan o dificultan las formas de protesta.

Conclusiones y reflexiones finales

Si algo ha demostrado la Primavera Árabe, es que el sistema político de los países implicados se había quedado pequeño para las aspiraciones y madurez ciudadana de la mayoría de sus habitantes, atrapados durante décadas entre gobiernos despóticos e islamistas radicales. Paralelamente, en las mismas semanas, entre otros, el movimiento 15-M en España, *Ocupa Wall Street* en EEUU y los *indignados* a nivel internacional mostraban los mismos síntomas de agotamiento de un sistema en el que cada vez más ciudadanos se sienten descontentos. No obstante, deben observarse importantes distancias cualitativas, pues mientras en las revoluciones árabes se aspira a instaurar un modelo de democracia participativa, en Occidente ese debate parece resuelto y las demandas van más allá, cuestionando aspectos como las estructuras del mercado, el reparto de la riqueza, el modelo energético, etc.

El futuro deja muchas dudas sobre hasta qué punto existen perspectivas serias de institucionalizar los aparentes logros de estas revoluciones; sobre el potencial del ejemplo egipcio y tunecino de ser imitado con éxito en otros Estados; sobre la vulnerabilidad comparativa ante revueltas similares de los grupos gobernantes en cada caso; y sobre la

capacidad de las élites de desarrollar estrategias antiinsurgentes para vencer, contener o cooptar movimientos similares. Así, por ejemplo, en Egipto el PLJ y el salafista Al Nour controlan, entre los dos, una amplia mayoría en las dos cámaras del Parlamento. Son ellos —no los jóvenes urbanos y con educación que encabezaron la revolución en la Plaza de Tahrir— quienes han obtenido la victoria política. No es extraño en una sociedad conservadora y de mayoría musulmana, en la que los Hermanos Musulmanes poseían ya una formidable organización clandestina. De este modo, los grandes impulsores de las revueltas, líderes blogueros de entre 20 y 35 años, procedentes de las clases medias urbanas, con estudios universitarios, políglotas, que desean ver a sus países convertidos en democracias decentes, han quedado, pues, fuera de la ecuación. Sin embargo, la Primavera Árabe ha dejado un inestimable poso en esa *revolución silenciosa* que es más un proceso que un evento aislado, y seguro que esas capas de la sociedad civil musulmana vuelven a ser protagonistas en el futuro próximo.

En definitiva, la Primavera Árabe ha demostrado una vez más que el poder de la gente corriente es capaz de desafiar con éxito al de las elites, por muy estables y poderosas que éstas puedan parecer, como era el caso; y por otra parte, que la oposición a los gobiernos autoritarios de la zona no se limitaba a islamistas del corte de Al Qaeda o los Hermanos Musulmanes. Las revueltas no han tenido lugar en el marco de una crisis económica especialmente dura para la población, ni se han realizado bajo el grito *¡Alá es grande!*, sino que se exigía dignidad y trabajo; quienes arriesgaban su vida en la calle no eran sólo los más pobres y excluidos, ni los vándalos que decían los gobiernos afectados.²⁵ Se ha tratado, por tanto, de revueltas consecuencia más de una crisis moral que económica, larvadas durante décadas y que han estallado espontáneamente, lideradas por los jóvenes y seguidas por una amplia mayoría social contra unos gobiernos arrogantes y represivos. El genuino despertar de la sociedad civil que ha supuesto la Primavera Árabe, más allá de la inducción estratégica con que se la haya querido manipular desde el exterior, ha estado en los orígenes de las revueltas tunecina y egipcia, en las derivaciones hacia Bahrein, Yemen y Omán, así como en las revueltas de Siria. Todos esos acontecimientos están inscritos en una misma zona, y forman parte de los procesos de cambio que están afectando al mundo árabe-musulmán en su conjunto, que

25 Así, entendemos mejor que el vendedor ambulante tunecino Mohamed Bouazizi no se prendiera fuego por su situación de subempleo, sino por sentirse públicamente humillado cuando le confiscaron sus herramientas y género. Su acción fue la mecha que prendió las revueltas tunecinas.



universitat
internacional
de la pau

en estos momentos es una prolongación del enorme tablero euroasiático.